



JUAN MANUEL GARCÍA GIL

ÚLTIMA POESÍA ANDALUZA

“Andalucía existe: no es preciso crearla”. Esta aparente obviedad de Blas Infante nos puede servir de punto de partida para detenernos y saber, en primer lugar, si podemos hablar sin titubeos de Andalucía como nación cultural, al margen del subjetivismo y de la pura emocionalidad. Es decir, si existen estructuras culturales específicas de fondo y elementos de muy clara diferenciación que permitan, por un lado, definir una identidad cultural objetiva y que, por otra parte, ello pueda ser extensible a cada una de las diversas expresiones culturales, en nuestro caso, a las propias de la última poesía.

No es objeto de este trabajo la definición del carácter cultural andaluz, salvo en lo indispensable para estudiar cómo se manifiesta y lo expresan nuestros últimos poetas. Parafraseando a Fernando Ortiz la pregunta sería, ¿tiene la última poesía andaluza algún rasgo distintivo de la poesía que se escribe en el resto de España? Lo específico de la poesía andaluza consiste, paradójicamente, según él, en aportar universalidad a la poesía española, pues no en balde convivieron en Andalucía durante siglos muy diversas civilizaciones con sus distintas virtualidades para exteriorizar lo humano. A esa nota diferenciadora de la universalidad, añade Fernando Ortiz las notas del acercamiento de su lenguaje a la realidad y el erotismo gozoso. Luis A. de Villena, por contra, circunscribe el problema al territorio de lo popular. Desde el campo lingüístico se podrán describir registros tradicionales y espontáneos (opuestos a la literatura culta y escrita) y una zona intermedia donde se recrean elementos populares por escritores cultos que nacen en Andalucía (Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez, algunos poetas del 27...). Pero ni los pros ni los contras explican suficientemente unas líneas estéticas conductoras o definidoras de nuestra poesía. Todo escritor está inmerso en una tradición, en una sociedad y ese factor social puede llegar a tener tanto peso como el personal. La historia del momento suele ser la nueva expresión de una vieja historia, la vuelta a los temas y situaciones ya conocidos con diferente mirada. Sin embargo, esos elementos conocidos que el joven escritor andaluz combina (a salvo del peligro de las generalizaciones) no son hoy por hoy inherentes a una pretendida alma andaluza, tan cargada de tópicos sobrenaturales, sino a un conocimiento profundo y transnacional de las tradiciones y a la búsqueda en las mismas de otras nuevas y diferentes posibilidades.

A la última poesía se trasvasan lógicamente las arcas de un bagaje cultural incuestionable, pero en absoluto la poesía que se escribe actualmente en

Andalucía se reduce al predominio de una única estética, amparada por intereses de política literaria. La nota predominante, como trataré de demostrar, es la multiplicidad de voces y de ecos, una pluralidad que sólo con el tiempo, con el distanciamiento de los años, señalará las líneas más perdurables y significativas de esta actual complejidad poética.

Reivindicar un nacionalismo poético andaluz es empobrecerse y autolimitarse. Hay una Andalucía lírica muy profunda que está ahí y que une a sus virtudes los peores excesos. Los más jóvenes rara vez se decantan por una poesía étnica, residente en el dogma del alma diferencial de Andalucía. Son hijos de una sociedad y de una cultura diferentes, donde son más abiertos los escenarios y de un carácter, podríamos decir, panteísta, los itinerarios.

No deja de ser curioso que siendo un género literario tan escasamente frecuentado por los lectores sea, en cambio, un gremio, el de los poetas, en el que abundan los navajazos verbales y que ello conlleve a veces una pérdida en la particularidad. Que la poesía es escasamente leída es un hecho. Aunque Aleixandre aspirara a que su poesía pudiera ser comprendida por el portero de su finca, lo cierto es que por argumentos literarios o extraliterarios son pocos lectores los llamados a la excepción y demasiados los poetas que transitan, sobre todo en Andalucía, con sus versos por las distintas sociedades literarias. Tanto son que suponen la primera dificultad cuantitativa para conseguir una muestra de lo último más representativo.

El campo de la "institución" poética en los noventa presenta un panorama sobre el que caben además algunas consideraciones. Es posible, como se ha señalado, que nunca haya estado la poesía más lejos de ser un género leído y tomado en consideración como instrumento de enriquecimiento personal, de utilidad y de toma de conciencia. Ni siquiera en los centros escolares ni en las programaciones de las asignaturas de literatura aparece como un producto digno de ser consumido o estudiado. Y, sin embargo, vivimos estos últimos años una época de eclosión editorial en cuanto a libros y poetas publicados, lo que hace casi imposible llegar a conocerlos a todos, pues la mayoría de estos autores y libros no entran en los circuitos de distribución. Ni siquiera los propios poetas leen esos libros: todo lo más algunos amigos y familiares. La paradoja es tal que podría afirmarse sin exagerar que hay más poetas que lectores de poesía.

Además, y ello complica una selección de últimos poetas de cualquier lugar, la poesía de estos últimos años se ha declarado abiertamente sectaria. Quien no está conmigo está contra mí y la poesía pierde con esos argumentos reduccionistas su carácter universal. Como la gresca concierne básicamente a los poetas andaluces de la generación del 82 (García Montero y Benítez Reyes, fundamentalmente), a la que aportan su teoría al enfrentamiento venerables padres del 68 (Antonio Hernández, Domingo F. Faílde), Andalucía se convierte de esta manera en el principal campo de batalla donde las cuestiones de poder son el principal botín y los árboles genealógicos y las cofradías de poetas los centros de homologación de lo que es o no palabra poética. Y así es en las antologías donde se observa con más claridad, la

perversa influencia de los agrupamientos dogmáticos, es decir, de la selección de poetas hecha con criterios excluyentes, allí donde lo recomendable habría sido practicar, dentro del necesario rigor, un liberal y abierto inclusivismo y no una simplificación maniquea. Y puesto que, dado el ingente número de poetas y de libros existentes, cualquier aproximación inicial al campo poético parece exigir el paso previo de las antologías, éstas se convierten de inmediato en un muy peligroso instrumento de canonización sectaria: sólo existen los que están dentro. A los que no se les concedió esa gracia se les acusa de clónicos sin personalidad propia, o directamente de no poetas.

Con estos antecedentes y consideraciones he decidido elegir alguno de aquellos poetas que -a mi entender- mejor representan la diversidad de nuestra realidad poética más joven. La labor de esta selección no es establecer un canon dogmático ni descalificador, aunque ya se sabe que toda elección supone necesariamente una exclusión, sino un simple apunte orientativo, con carácter informativo para quienes tienen peor acceso a la poesía que se hace ahora en Andalucía. Apunte, limitado por el espacio y los autores seleccionados, que evidencie la pluralidad expresiva que creo existe y es propia de las diversas maneras de percibir y expresarse, al margen de las vanidades y los retratos de familia.

De este modo, he dejado fuera autores de calidad indudable ya incluidos en algunas de las últimas y más polémicas antologías desde *La generación de los ochenta*, de José Luis García Martín (1988); *La poesía más joven*, de Francisco Bejarano (1991); *Fin de siglo*, de Luis A. de Villena (1992); *Selección nacional*, de García Martín (1995); *La nueva poesía*, de Miguel García Posada (1996) o *10 menos 30* de Luis A. de Villena. Evidente inflación de antologías en las que se incluyen autores como Álvaro García (Málaga, 1965), Luis Muñoz (Granada, 1966) o Juan Bonilla (Jerez, 1966), autor del poemario *Partes de guerra* (1994), y parcialmente retirado de la poesía. Todos ellos adoptan una manera de escribir muy característica de los itinerarios seguidos por la poesía española de los años ochenta, la tan traída poesía "de la experiencia" con la que enuncian una reflexión, sobria y duramente melancólica, sobre los desajustes dolorosos de la vida cotidiana. Lo cual no les ganará el aprecio de los que opinan que "lo que pasa en la calle" no puede tener estatuto de "poético". Muñoz ha entregado dos libros, *Septiembre* (1991) y *Manzanas amarillas* (1995), que interesarán al lector que busque una reflexión emotiva en que sentirse (re)presentado. En él encontramos los elementos definitorios del uso experiencial de la tradición clásica. Una poesía esencialmente de la pérdida. Asimismo Alvaro García, quien, después de *La noche junto al álbum* (1989), se ha superado en el intenso *Intemperie* (1995). Sin necesidad de volverse abstracta, busca la intimidad. Según Villena, "frente a los poetas cercanos a lo narrativo, él apuesta por una poesía minimalista, aunque experiencial y surgida de una reflexión sobre su propio vivir. La singularidad de Álvaro García radica en dar un tono moral y vital a unos poemas que parecen destinados a lo cristalino. A lo poliedro frío". En unos versos de su "Poética" defiende la virtud de la claridad, la precisión y el buen gusto:



Huyamos de cualquier palabrería.

Digamos solamente lo esencial,

tan sólo las palabras para crecer y amar

y el nombre más sencillo y útil de cada cosa.

Aunque no incluido en la selección, sí quisiera mencionar en una línea de poesía reflexiva a Enrique García Maiquez, nacido en Murcia en 1969, pero residente en El Puerto de Santa María casi desde entonces. Ha publicado en 1997 los libros premiados *Ardua Mediocris* y *Haz de luz*, retratos e instantes personales procedentes de la "experiencia", sobre todo de *El mal poema* de Manuel Machado.

En los párrafos siguientes se analizan muy brevemente y a grandes trazos la poesía de cuatro jóvenes poetas andaluces nacidos a partir de 1965, no incluidos en las antologías mencionadas y cuyas voces, sin ese amparo de grupo, pudieran pasar inadvertidas, pese a sus prometedoras calidades poéticas.

Cuatro poetas en cuya selección procuro evitar el reduccionismo y enseñar las caras del prisma poético más reciente de Andalucía. Un panorama sanamente ecléctico, que demuestra un posible agotamiento progresivo de la poesía figurativa o de la experiencia que, llegada a un punto muerto, precisa recambios válidos y apuestas diferentes. Una renovación que desde ella, contra ella o sin ella -la poesía figurativa, mejor que de la experiencia, pues todo lo que pertenece al ser humano, a su vida, es experiencia y, en ese sentido, todo poeta lo es de su experiencia- ofrezca algunas voces individuales como las que se proponen.

Abel Feu (Ayamonte, Huelva, 1965) ha publicado tres cuadernos de poesía y *Feu de erratas* (1997), premio Luis Cernuda, en 1996, en la colección *Renacimiento* de Sevilla (dirigida por Abelardo Linares), uno de los sitios de la tradición clásica andaluza y su paradigma, según Villena. Sigue, como sus mayores en esta línea de hacer poesía, el magisterio de Auden o Larkin, la lírica de los 50 en busca de la concreción, la brevedad, la pincelada irónica, la figuración o el fingimiento, el coloquialismo o el tono nostálgico. Hay en sus versos una fuerte presencia de la temporalidad, el retorno al verso clásico blanco y a la voluntad de conmovér, lejos del intelectualismo frío o del culturalismo exhibidor, el importante protagonismo de las ambientaciones y la preocupación por la puesta en escena, el gusto por el narrativismo, la cotidianidad, el tono realista, rasgos todos ellos que le aproximan al grupo de la poesía figurativa. Aunque no supone una ruptura con la misma, busca nuevas posibilidades, más cercanas y comunicativas. Así lo demuestra cuando en "Un poco de humo equivocado" acierta a encontrar su propia voz, la casi inalcanzable palabra poética:

De vez en cuando acierto con mi voz,

mi verso personal, el expresivo,

el verbo intransferible... Sólo de vez

en cuando, pocas veces; más bien

muy raras veces.

Pero acierto, doy

con la letra en el blanco de la vida,

aprehendo las esencias más ocultas,

me adentro en la verdad de cualquier cosa.

De cuando en vez, por tanto, soy poeta.

Anoto, cuidadoso, tinta inútil,

me pringo de sustancia de la vida

y quedo exhausto, tras la dura faena

-inaprehender un poco de humo equivocado-,

de hacer el tonto en verso personal,

el expresivo, el de mi propia voz,

el verbo intransferible...

En no pocas ocasiones, aparece la impronta de Javier Salvago y, por tanto, de todo el ramaje genealógico de éste. Pudiera caerse en el tópico de calificar esta poesía de repetitiva y carente de registros. Pensar, como José Ángel Valente, que "hablar de poesía comunicativa o de la experiencia es una impostura vinculada a la literatura como negocio u ostentación, y que sólo repara en los efectos sin aludir a lo esencial, que es la naturaleza del proceso creador". Sin embargo, qué es la poesía si no el efecto de una causa. Además, de cualquier poesía se caerán los flecos monosémicos y de la aparente clonación de algunos círculos irán quedando voces personales llenas de vigor, que las hay también en este modo de entender lo poético que usa Abel Feu. Como se demuestra en la aparente facilidad y la ironía utilizada para dirigirse a la amada en el siguiente poema:

No cambies más, amor. Eso te pido.

Después de tanta historia con los bichos

resulta que te espantan y -"¡entérate!"-

te dan un asco horrible.

Y que aquellos

chulísimos paisajes qué bonitos y etcétera

te parecen estampas supercursivas

propias de domingueros, por favorrr...

Y que, bueno, del pobre Brahms te callas

por no herirme.

Y que pescar, por Dios,

qué aburriburriburriburrimiento...



*Y que a ver si me entero: que mis chistes
enfadan a la risa, son malísimos.*

Y que el fútbol te pone de los nervios.

Y que en la vespa sólo pasas frío.

Y que los versos te repatalean...

*Ten compasión, encanto. Mira mira
que me haces polvo polvo los poemas.*

Josefa Parra nació en Jerez de la Frontera (Cádiz) en 1965. Empezó a escribir muy pronto. Publicó por primera



vez unos poemas que le pidió el poeta José Mateos para el suplemento literario Citas. Ha publicado en 1996 *Elogio a la mala yerba* (Premio Internacional de Poesía Loewe a la Creación Joven en 1995) y *Geografía Carnal* en 1997. Ha sido incluida recientemente en la antología de poesía femenina de Munárriz *Ellas tienen la palabra* (1997). Ella misma define la utilidad de la palabra poética: "Lo que no quiere decir que la poesía sea inútil. A mí me sirve como puerta al conocimiento. La utilizo como forma de análisis -con tanto o más de intuición que de raciocinio- y como forma bella de comunicación. A través del poema, propio o ajeno, comprendo el mundo -esos temas eternos que conforman el mundo- y me comprendo. Tiene el grave inconveniente de que acaba enganchándote: llega un momento en el que no parece que se viva plenamente hasta que no se escribe esa vivencia; hasta que el hecho, la mirada, el dolor o el goce no pasan por el filtro de los versos para quedarse con sólo la esencia y el ritmo. No tengo muy claro si de este modo vivo con mayor intensidad o si estoy falsificando la vida. Confieso que cuando la copia supera al original, me siento satisfecha de un poema. Y ya no sé si me apasiona más la vida o la ficción". En Josefa Parra ese juego de disfraces, de medias verdades de cama o de escenarios igualmente propicios para desatar pasiones, se transforma en la mejor poesía. No admite una lectura temporal, ni hay en sus versos una ruptura estilística, existe el acierto de la buena literatura, cargada de hondas vibraciones y de ricos sentidos simbólicos, como en "La infidelidad irremediable":

*Si, al final,
ha de comer la tierra tus delicados huesos,
y ha de dormir tu boca como una orquídea tierna
debajo de raíces y lianas, qué importa
que estés tan descubierto y accesible,
que encauces tu saliva en otros surcos,
que te des a pedazos cada noche
como Profana, y Cruel, y Santa Forma.
Si, al final,
has de ser a despecho de tu carne radiante
y de todo el deseo con que te he coronado
espléndido despojo que posea la muerte...*

Hasta ahora su poesía se ha investido de transgresión y se ha instalado en la revelación de lo prohibido. La autora se encuentra a gusto en los amores extraños, los que despiertan la perplejidad y la curiosidad. El espectáculo amoroso y la culminación de su sacrificio componen los primeros poemarios de una de las voces nuevas que con más expectativas se dejan escuchar en la última poesía andaluza. Nada resulta frío o indiferente, la intuición es la piel en la que deja escritas las confidencias de aquellos "Días de vino y rosas":



*La vida habrá de darme más rosas y más vino,
habré de ver el mar desde el puerto de Rodas
una noche de agosto calurosa y festiva.
Todavía tendré del amor las guirnaldas
enredadas al cuello, y aún dormiré en los brazos
de un dios irreverente la ebriedad y el exceso.
Aunque tal vez mi cuerpo descubra entonces marcas
del dolor, ademanes que la piel no derrota,
la vida habrá de darme mi parte del asombro.*

En el capítulo de los descubrimientos ocupa un lugar preferente Pablo García Casado (Córdoba, 1972) con su libro *Las afueras* (1997), este año Premio Ojo Crítico de poesía concedido por Radio Nacional. Sus primeros pasos poéticos arrancan en un taller literario de La Posada del Potro en su ciudad natal. Lo que para algunos podría ser más bien una moda pasajera y otros la definen, sobre todo en narrativa, como un fenómeno sociológico, no ha encontrado aún en poesía un genuino representante. Alguien que anuncie, como el poema de Cavafis, la llegada de los bárbaros. Podría pensarse que la obra de García Casado subraya la renovación literaria que podría verse impulsada por la demanda de un público de su misma edad si en la poesía entraran a colación los intereses mercantiles de la última novela. Afortunadamente no es así, como tampoco se observan en el poeta cordobés la precariedad y el gusto por la superficie de algunos nuevos narradores. La definición de su poesía será de otros y del tiempo. García Casado no había hecho la comunión cuando la Constitución; no ha tenido, por tanto, que romper moldes para presentar su voz, personal y no contaminada, en la sociedad literaria andaluza de finales de los noventa.

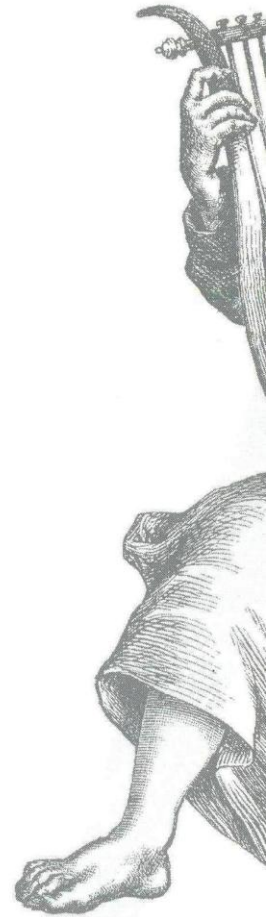
Las historias urbanas que describe tienen alforjas suficientes para no trivializar con cuestiones sociológicas ajenas a la literatura que puedan inducir a los lectores a la confusión. De la existencia de cierta marginalidad contracultural, más que de realismo sucio, en su obra, se desprende, sobre todo, el reflejo de una realidad literaria que se encuentra donde la ciudad termina, en la oscuridad de los polígonos industriales, en los secretos que se esconden tras las ventanillas de los últimos automóviles aparcados. La vida y la literatura se trasladan a los arrabales donde cuecen las pasiones a fecha de hoy. *Las afueras* es un libro de realismo directo, de lenguaje coloquial, rápido y conciso, cuya originalidad reside en combinar elementos conocidos, pero con un conocimiento profundo de las propias tradiciones. Todos los objetos e instituciones que nos hablan de sentimientos están en *Las afueras*:

*por más que se extiendan las ciudades hasta juntarse
unas con otras por más desengaños que el sexo la muerte
o las oposiciones nos deparen quedarán siempre las afue-
ras*

*la oscuridad de los polígonos industriales la ineficacia
el ministerio de obras públicas por más que se empeñen
colectivos ciudadanos asociaciones de vecinos seguirán*

amaneciendo los restos del amor en las afueras

Son elementos digeridos que parten de Ginsberg, Whitman, Carver o Roger Wolfe, pero con un sentido personalísimo de lo poético, en el que Antonio Gamoneda ha insistido refiriéndose a la sequedad del libro, al frío, a lo duro, al tratamiento del poema; haciendo notar una desesperación seca. "Creo -afirma el propio autor- que Gamoneda le ha quitado a mi poesía el equipaje feísta y ha entrado a fondo en el poema. Estar en las afueras también es estar dentro". Sexo, amor, juventud, desengaños... no son temas nuevos, atraviesan la historia de la literatura. Lo importante es volver sobre los mismos sin regresar a los discursos memorizados, como en "El poema de Jane":





*él me enseñó a beber a pasar largas temporadas
en la cama a provocar la ira del vecindario a no sentir
en demasiadas cosas ningún tipo de vergüenza*

*con él también aprendí los gritos el miedo los fracasos
el olor a colonia de otros cuerpos y una frase:
cualquier forma de amor conlleva desperdicio*

después de luis no me supo tan amarga la cerveza

Esto es poesía de “su” experiencia, la de Pablo García Casado, en esa línea clara que confusamente llama Luis Alberto de Cuenca, como si algún poeta no escribiera desde su experiencia real o fingida, pero con un componente de poesía arrojadiza, cínica y desgarrada, poco corriente en la literatura andaluza.

José Luis Rey (Puente Genil, Córdoba, 1973) es autor del libro *Un evangelio español*. mención especial de los premios Andalucía de la crítica de 1997 y accésit del Premio Adonais 1996. En él destacan la recuperación del tono épico ajustado a nuevos registros expresivos, el juego fluido de temporalidades, así como el dúctil mestizaje de diferentes tendencias literarias y la valentía en el uso del lenguaje. Cualidades que aparecen, por ejemplo, en “La Pérdida”:

*Felipe V conquistó Pekín.
Al frente de sus tropas una estrella.
A sus pies el abismo.*

*Regresábamos
desde la playa azul a clase.
Copiábamos las frases de las nubes.
Incendios en la cima.*

*Las ventanas
se poblaban de pájaros exóticos.
Tú sonreías en latín, jugando
a traducir las olas.*

*Y aún llevabas
arena en la mirada humedecida.*

*Días alegres que la luz dictara.
En África avanzaban los ejércitos.
El mar, el aire verde.*

*Fuimos jóvenes.
Y vimos ascender un río en llamas,
un cíclope en la niebla.*

*A la luna
no llegaban aún las alas de los hombres.*

*Y era hermoso mirarlas. Las estatuas,
como rosas en erupción de ángeles,
como campanas húmedas de espuma,
vibraban en la lenta armonía del sueño
y crecían de pronto.*

¿Quiénes fuimos?

*Fusilamientos, lluvia.
La niebla iba brotando de tus labios.*

*Miro al mar esta tarde y él me habla
con tus ojos de entonces.*

*El sol inunda las ruinas rojas.
De aquellos días previos al Imperio
sólo conservo pétalos y un libro
de arena, un libro triste.*

Arena en la mirada de los dioses.



Las motivaciones de José Luis Rey se apoyan en una visión sucesiva de la historia en la que tiene mérito conjugar el estilo, sujeto a formas rigurosas y estéticas, y la inclusión de una conciencia crítica y social en esa radiografía histórica tan en desuso. Para él, “se trata de interpretar la desolación colectiva y afanarse en el hallazgo final de una luz”. Pere Gimferrer ha aludido a los linajes poéticos de Juan Ramón Jiménez, Neruda y Octavio Paz, antes de calificarle como a uno de los principales poetas de su generación. Alguien que empieza y que ya ha sentado las bases de una expresión poética tan particular como la que enseña en su poema “Vuelve la armada”:

*Abandonar la poesía como
se regresa de una tierra extranjera.
La casa
brilla abierta en las rocas.
El viaje acaba y los héroes vuelven
en sus barcos azules a la arena.
Han envejecido en el mar.
No ganaron batallas, no perdieron
su egoísmo en la luz.
Y un día la espuma recordó sus nombres.*

*Abandonar la poesía:
ahora
es el momento de partir o cantar.
Mapas húmedos se pudren en el fondo
de las bodegas.
La sal
abrasó las rutas.
La sed.
Al sur las nubes se volvieron cíclopes.
El capitán enmudeció.
Las islas
se encendían a lo lejos.*

*Viejos buques cruzan aún aquel mar.
Las maderas crujen y las velas vibran.
Dejan una estela de plata
que tiembla y brilla al sol.*

*No desean leerla, no miran hacia atrás.
Su destino final: adentrarse en la hoguera.*

Como he intentado demostrar la poesía andaluza más joven se ha democratizado y ha dejado de profundizar en la elegía y el mito, en aquella pervivencia de lo sagrado y en el tono de apartamiento en la soledad que fueron características de una sociedad y de unas condiciones socioeconómicas en su mayoría superadas. El destierro o la emigración han dejado paso a otros retratos poéticos en esta tierra. Quizás aún no sea la poesía de estos autores lógicamente un resultado acabado, sino un proceso que irá definiéndose con el tiempo. No me corresponde, por otra parte, aclarar si el problema de un presumible libro de instrucciones en nuestra poesía está por hacer o si, y es más probable, ni siquiera existan más instrucciones que las del universo de la expresión poética. Son más bien razones de mestizaje, de ese panetismo del que hablé al principio, las que apuntan en estos poetas que dejaron a un lado las herencias de casta -sin olvidar las pocas irremplazables-, para apostar por la poesía como aventura rigurosamente individual, apuntándose a aquel deseo de Lope, “quiero mudar de estilo y de razones”.

Esperemos que para el futuro los poetas mayores depongan las armas, no encuentren aliados en estos más jóvenes y se restituya la pluralidad, no la de cada grupo, y la poesía no embarre en el perjuicio de las etiquetas. Después de todo y si bien se considera, como lo ha hecho Francisco Ayala, “la poesía en cuanto dedicación, fue y siempre seguirá siéndolo empresa demasiado arriesgada. Ahora como siempre, el impulso hacia la creación lírica -no importa si carente de estímulos sociales y recluida en el seno de la intimidad- sigue actuando desde el fondo último de muchos seres humanos con la esperanza de alcanzar aquel momento privilegiado en que lo inefable se nos revela o, cuando menos, parece anunciarnos su conmovedora inminencia. Pues la expresión poética tiende ante todo, no tanto a proporcionarle pública notoriedad al poeta (por más que ésta pueda ser su legítima aspiración) como a impositar su canto con las vibraciones de ese acento personal único que proclama la autenticidad del ser. Por más que este canto suyo acaso no despierte eco alguno o -clamando en el desierto- ni siquiera alcance a llegar nunca a oídos de nadie, la voz inconfundible del poeta registrada en la clave de sus versos será, para su propia confortación, testimonio definitivo que justifique y confiera sentido al hecho absurdo de la existencia”.

La juventud no es un valor añadido, ni siquiera vendible, en la poesía. Sí ha sido y será ésta una enfermedad de juventud. Probablemente no podremos aplicar a esta generación dispar de poetas andaluces lo que Umberto Eco llamó “cogito interruptus”. No es necesario. Los caminos nuevos de la poesía joven andaluza no precisan de interrupciones sino de capacidades de expresión para revelar el acento personal de autores que nos permitan leer en directo, sin filtros ni maquillajes, la transformación de la realidad o una aún inédita imaginación.

